

pareciéndole un triste simulacro, porque el mundo que para nosotros cuenta es éste de aquí: el único que nos hiere con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia, esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte... (A, 405).

En fin, parece que cualquier matemático que incide en cavilaciones que sobrepasan sus abstracciones se alejará inexorablemente de este universo platónico: «cualquier consecuente hombre de ciencia se negará a hacer consideraciones sobre lo que podría haber *más allá de la estructura matemática*, pues si lo hace se convertiría en religioso, metafísico o poeta» (EF, 65; HE, 39). De manera que, siguiendo el postulado dantesco de «seguir virtute e conoscenza», Ernesto Sábato fatalmente se convirtió en escritor, metafísico y aun místico.

Al dar esa vuelta completa de timón Sábato se encaminó hacia el conocimiento esotérico de una realidad radicada en lo mítico y lo inconsciente. El pone de manifiesto el dramatismo de la selección de un rumbo en una odisea mental, especialmente cuando lo que se persigue es escudriñar la naturaleza de la realidad o la existencia de las cosas visibles e invisibles en la vida y el destino del hombre. Y recalca que ésta es la última etapa de su vida intelectual y espiritual, el ambiente y razón de su acto creador.

En esta vida única y limitada que tenemos, en cada instante nos vemos obligados a elegir un solo camino entre infinitos que se nos presentan. Elegir esa posibilidad es abandonar las otras a la nada. Esa posibilidad que ni siquiera sabemos hasta dónde nos ha de llevar, pues nuestra visión del futuro es precaria y sentimos el mismo desasosiego que el navegante que debe pasar entre escollos peligrosísimos en medio de la niebla o la oscuridad. Apenas si sabemos con certeza que más allá está la muerte, lo que precisamente hace más angustiosa nuestra elección: pues hace de ella algo único e irreversible. Elección, pues, que parece inventada por el demonio para atormentarnos, portada como presuimos de una casi segura frustración, el camino de la desilusión o el fracaso. Y, para mayor escarnio, por causa de nuestra propia voluntad (EF, 241).

Consciente de esta trágica condición de escribir por elección y de la responsabilidad que le incumbe, se plantea primero la tarea de averiguar la misión de la literatura y la encuentra en una oración sibilínica «despertar al hombre que viaja hacia el patíbulo» (EF, 90). Lamenta un poco el tiempo perdido en los campos de las ciencias, pero guarda lo viable de ellas, el método, la seria indagación. Sus tres

novelas son una investigación y, al concluir *Abaddón, el exterminador*, hubiera podido exclamar como Montaigne

J'ay cecy selon la discipline, que jamais homme ne traicta subject qu'il entendist ne congneust mieux que je fay celuy que j'ay entrepris, et qu'en celuy-la je suis le plus sçavant homme qui vive! (12).

Gracias a las experiencias vitales tenidas en las etapas anteriores, como asimismo a un cuerpo sistemático de reflexiones hechas tras la recepción de señales de su subconsciente, el escritor Sábato se empeñó no sólo en describir el mundo caótico que lo rodeaba sino que se impuso programáticamente conocer la verdad total, alcanzar la *Gnosis*, ya que el conocer esotérico es la liberación, la salvación del dominio infernal. Y el hombre sufre no por el pecado sino por la ignorancia, la ceguera. «La ceguera es una metáfora de las tinieblas», declara Sábato (EF, 18), que los críticos y psicoanalistas habían explicado, pero no cesa de ser el motivo reiterado en sus dos novelas mayores. Podríamos agregar que esta metáfora fue usada por primera vez en las escrituras gnósticas (13) y este hecho no aparece desconectado si consideramos el programa literario de Ernesto Sábato:

La tarea central de la novelística de hoy es la indagación del hombre, lo que equivale a decir que es la indagación del Mal. El hombre real existe desde la caída. El hombre no existe sin el Demonio: Dios no basta.

La literatura no puede pretender la verdad total sin ese censo del Infierno. El orden vendrá luego (EF, 209).

Según los gnósticos el *mal* (kakía) era no sólo el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la mala suerte y cualquier daño, sino el origen mismo del mundo material, considerado a veces como el demonio demiurgo. La existencia de una *escatología*—como prefiere Sábato (14)—gnóstica ya fue señalada en cuanto al libro *Abaddón*, en un estudio de Salvador Bacarisse (15), pero Sábato habla del dominio del Diablo en casi todos sus escritos y, en *Sobre héroes y tumbas*, discute cabalmente:

---

(12) En *Les Essais*.

(13) Nuestro conocimiento sobre éstas fue enriquecido por la traducción de los rollos encontrados en Nag Hammadi, en diciembre de 1945. Nos hemos servido de la traducción al Inglés de la colección de estos textos en copto: *The Nag Hammadi Library, in English*, San Francisco, Harper and Row, 1977, 493 páginas.

(14) En SHT, p. 438.

(15) «Abaddón, el exterminador: Sábato's Gnostic Eschatology», publicado en la revista *Forum for Modern Studies*, vol. 15, St. Andrew's Scotland.

Mi conclusión es obvia: sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta Sagrada de los Ciegos. Es tan claro todo que casi me pondría a reír si no me poseyera el pavor.

Que el Demonio, el Mal, reine en el mundo es una realidad incontestable para los gnósticos, y Sábato coincide con ellos en que la única salida del sufrimiento es el descubrimiento de la verdad acerca del lugar y del destino de la humanidad en el universo (16). Cualquier otra solución fuera de la *gnosis* es una ilusión.

Una ontofanía, una revelación de la realidad es todo lo que se necesita; y no sólo la realidad exterior sino también la interior, la irracional y subconsciente. Los gnósticos insisten en que el conocimiento de sí mismo es la clave para el entendimiento de las verdades universales. Sábato, claro está, nunca cesa de esforzarse por conocer a fondo esta realidad interior, se desplaza hacia el yo profundo, indaga su propio inconsciente. No puede admitir, por supuesto, las opiniones de los que relegan su obra a un ensayo de psicoanálisis, porque él rechaza el freudianismo (17). Opone a Freud siempre el pensamiento profundo de Carl-Gustav Jung y la psicología analítica de éste: lo inconsciente como «fantasmas que suben desde nuestros antros subterráneos», generador de obras artísticas que «materializan cierta inmortalidad, asegurada por antiguas leyendas, por hombres de la misma raza, por crepúsculos y amaneceres semejantes, por ojos y rostros que retornan, ancestralmente» (A, 128-9). Hay en esto el postulado junguiano del *inconsciente colectivo*, y no alguna memoria o tendencia reprimidas de un individuo que suele ser el inconsciente psicoanalítico.

Pero en donde más se acerca Sábato a Jung es en la reevaluación del mito y del sueño. El rescate y la reconsideración de estos dos elementos es quizá la característica principal del debate de Sábato en la ideología del arte:

—Mirá lo que sucedió con el mito. Los tipos de la Enciclopedia se rieron: puro macaneo, pura mistificación. Y, de paso, ahí tenés la raíz de esa confusión actual: des-mistificación es lo mismo que desmitificación. Los hombres de ciencia se morían de risa. Vos no has conocido a esa gente como yo, que he trabajado al lado de premios Nobel, en grandes centros de investigación...

Para el pensamiento ilustrado el hombre progresaba a medida que se alejaba del estado mito-poético... Pasó lo que tenía que pasar: expulsado por el pensamiento el mito se refugió en el arte,

---

(16) En Pagels, Elaine: *The Gnostic Gospels*, New York, Random House, 1979, p. 144.

(17) Aludiendo a la posición positivista de Freud, Sábato rechaza en varias partes de su novela *Abaddón, el exterminador* las interpretaciones psicoanalíticas de las obras literarias (*Hamlet* y *Romeo y Julieta*, entre otras).